

Las Raíces Estructurales de los Cambios en los Afectos

Guido Selim Arditi

Estudiante de Filosofía
Universidad de Buenos Aires
Argentina

Resumen:

El trabajo se presenta desde una perspectiva marxiana, en términos del dualismo estructura/superestructura, intentando develar la manera en que las condiciones materiales existentes en tres distintos tipos de modos de producción; —feudalismo, primer capitalismo y el capitalismo avanzado—, determinan la aparición de distintos tipos de relaciones afectivas.

Palabras Clave:

Marxismo, Capitalismo, Afectos, Estructura, Producción.

Las Raíces Estructurales de los Cambios en los Afectos

Desde una perspectiva marxiana se sostiene que la totalidad de las relaciones de producción constituyen “la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se alza un edificio jurídico y político, y a la cual corresponden determinadas formas de conciencia social”(Marx, 2008, p. 4). Así, aquello que los hombres son, —entendiendo por esto sus ideas, pensamientos y representaciones de la conciencia—, no son sino una emanación de su comportamiento material; el código genético la ideología de los hombres no debe buscarse sino en la economía política; en su modo de producir. No es sino la base material/productiva aquello que genera y dictamina las configuraciones en las relaciones entre los individuos. Son “los cambios en la

economía producen cambios en la estructura social, y en última instancia en los valores y las ideas” (Darnton, 1998, p.104).

Por último, un determinado modo de producción lleva siempre aparejadas consecuencias directamente sociales, ya que toda relación económica es también una relación social; y por lo tanto conlleva a la vez un determinado modo de cooperación entre los hombres, configurando consecuentemente también el tipo de relaciones que los individuos establecen entre sí.

Feudalismo

Durante el feudalismo, los poco desarrollados “patrones de propiedad, cooperación y distribución de los productos hacen inherentemente menos viable el aislamiento de las familias” (Sen, 2001, p.112). Es por esto que en esas épocas existían normas que vinculaban a los habitantes del feudo de manera permanente a su comunidad; lo cual otorgaba al campesino un sentimiento de pertenencia tanto con respecto a su actividad productiva, al producto de la misma, y al lugar en donde la realizaba. Por todo esto, este sistema revestía un cierto carácter *comunitario*; en tanto existía dentro de los miembros del feudo un cierto sentimiento subjetivo de constituir un todo; la comunidad aparece siempre como una realidad superior a los individuos que la componen. Bajo el orden feudal, “los hombres no eran ciudadanos de este cuerpo en sentido estricto, sino literalmente miembros, relacionados con la totalidad del cuerpo de manera funcional-orgánica” (Walzer, 2008, p.20).

Como consecuencia de esto, podemos afirmar que en las sociedades precapitalistas, resulta difícil hablar de la existencia de un dominio exclusivo de la domesticidad, pues en ellas el núcleo familiar carecía de fronteras estables que lo separaran de las más amplias definiciones de espacio social. La vida individual “era parte de una red más amplia de relaciones, unida a los parientes por lazos de dependencia, lealtad, reciprocidad y ayuda mutua” (Stone, 1989, p.74).

De esta manera, el ideal matrimonial más habitual consistía en un arreglo entre la generación superior, que respondía a motivos instrumentales, económicos y de reproducción del grupo, tratándose de una decisión que era preciso acatar por cuestiones de obediencia filial. Así, no había lugar para la expresión de un sentimiento amoroso entre los cónyuges; en ese sentido, “importa-

ba más contratar un matrimonio ‘honorable’ para las respectivas familias de los contrayente, que otro basado en el ‘amor’ individual de los contrayentes” (Bestard, 1998, p. 90); el matrimonio no era entonces una asociación íntima entre individuos.

Bajo nuestro punto de vista, este modo de vida no manifestaba un conjunto de decisiones personales o a una tendencia exclusivamente cultural, sino que respondía a estrictas necesidades de tipo material-económico.

Primer Capitalismo

El paulatino pero constante crecimiento de la actividad comercial bajo el feudalismo fue generando un aumento de la producción para la venta, lo cual propició una mayor presión para cambiar la organización del tiempo de producción. Es así que comienza a surgir una mayor división del trabajo; y a lo largo de este proceso es que podemos notar que

si se estudia el camino recorrido por el desarrollo del proceso de trabajo desde el artesanado, pasando por la cooperación y la manufactura, hasta la industria maquinista, se observa una creciente racionalización, una progresiva eliminación de las propiedades cualitativas, humanas, individuales del trabajador (Lukacs, 2013, p.193).

Es así que asistimos al hecho de que “el progreso económico tiende a despersonalizarse y a automatizarse” (Schumpeter, 1961, p.182), cada vez más “las identidades y los lazos sociales se dejaban en el guardarropa de entrada junto con los sombreros, paraguas y abrigos” (Bauman, 2005, p.31), generando “una progresiva emancipación de la economía de sus tradicionales ataduras políticas, éticas y culturales” (Marx, 1979, p.109).

El trabajo comienza a verse crecientemente reducido a funciones específicas y predeterminadas que han de repetirse de manera obediente y mecánica; procurando incluso mantener a raya todo impulso de iniciativa creativa. Por esto tiene lugar en primer término una enajenación del productor en la actividad misma del trabajo, durante la cual, como dice Marx, “el trabajador no se afirma, sino que se niega” (Marx, 1979, p.109) y por lo tanto, “está en lo suyo cuando no trabaja y cuando trabaja no está en lo suyo” (Marx, 1979, p.109). Así, su identidad deja de estar ligada a su trabajo, sino que muy por el contrario se distancia de éste.

Por esta misma línea, esta creciente atomización y división del trabajo reclama la creación de una burocracia de su misma factura, requiere “una administración más permanente, rigurosa, intensiva y calculable, tal como la creó —no solamente él, pero ciertamente y de modo innegable, él ante todo— el capitalismo” (Weber, 1964, p.233). Y es por esto que

el trabajo racionalizado y especializado de oficina termina por borrar la personalidad, el resultado calculable sustituye la ‘visión’. El caudillo no tiene ya oportunidad de lanzarse al combate. Está en vías de convertirse en otro empleado de oficina más, un empleado que no siempre es difícil de sustituir” (Schumpeter, 1961, p.182).

Así, el trabajador no es ya más que una ruedecita dentro de una máquina burocrática de la que no puede escapar; incluso su máxima aspiración no puede consistir en más que intentar progresar hasta convertirse en una rueda más grande; es esta división burocrática del trabajo la jaula en la que se viven los modernos.

Este modo de producción genera que “*el objeto que el trabajo produce, su producto, se enfrenta a él como un ser extraño, como un poder independiente del productor*” (Marx, 1979, p.105). Así la alienación en el trabajo sucede no sólo al nivel de la producción, sino que esta se refleja también frente a su resultado o producto final.

Esta alienación en principio estructural y material rápidamente es trasladada a las relaciones humanas y personales que se configuran en derredor a la producción. Pues en primer lugar lo que se busca ahora es solo una cooperación eficiente, indiferente de que exista de por medio entre los trabajadores algún intercambio afectivo o alguno de los rasgos de la familiaridad.

la descomposición mecánica del proceso de producción desgarrar también los vínculos que en la producción ‘orgánica’ unían a los sujetos singulares del trabajo en una comunidad. La mecanización de la producción hace de ellos, también desde este punto de vista átomos aislados abstractos” (Lukacs, 2013, p.203).

El capitalismo se propone finalmente “de todos los vínculos que condicionan la reciprocidad humana y la mutua responsabilidad, conservar tan sólo el ‘nexo del dinero” (Bauman, 2005, p.10).

“En esta sociedad de libre competencia cada individuo aparece como desprendido de los lazos naturales, etc., que en las épocas históricas precedentes hacen de él una parte integrante de un conglomerado humano determinado y circunscrito” (Marx, 1989, p.33). Así, los trabajadores ya no cuentan con protección alguna que mitigue los efectos del desempleo, la enfermedad o la vejez, ni siquiera con la estabilidad del trabajo y alojamiento que fuera consuelo de los siervos en la época feudal. Lo que sucede es que, muy por el contrario, la industria y el comercio funcionan como factores importantísimos en un creciente proceso de individuación, en tanto reclaman la existencia de la propiedad privada, la cual favorece la competencia universal corroyendo la vida comunitaria hasta el punto de desintegrarla por completo.

Así, el trabajador ha alienado de sus medios de producción de la tierra en la que trabaja y de sus antiguos vínculos comunales en los cuales llevaba a cabo su vida cotidiana, se genera una nueva situación de ausencia de la anterior red de contención que redundan en un creciente individualismo que dispone

a cada ciudadano a aislarse de la masa de sus semejantes y a retirarse con su familia y amigos; de tal modo que, después de haber creado así una sociedad a su estilo, abandona de buena gana a sí misma a la gran sociedad (Chevallier, 1989, p.245).

El nuevo ciudadano termina eligiendo vivir, “cada uno de ellos retirado y aparte y como extraño al destino de todo los demás; sus hijos y sus amigos particulares forman para él toda la especie humana” (Chevallier, 1989, p.250).

Al mismo tiempo el nuevo sistema deja a los individuos con escaso poder de acción en el ámbito político-social al inhibir la participación comunitaria. El nuevo hombre es un sujeto totalmente despreocupado respecto a lo universal, a lo social, “¿Hay que ir al combate? Pagan tropas y se quedan en sus casas. ¿Hay que ir al consejo? Nombran diputados y se quedan en sus casas” (Rousseau, 1983, p.97).

Por otro lado, la Modernidad concibió a los usos y costumbres feudales, sus lealtades tradicionales, los lazos comunales con sus consecuentes derechos y obligaciones, como nada más que grilletes que constreñían el libre desempeño de la propia iniciativa; principalmente la libertad individual de elegir y actuar; así “la dominación de la burguesía representó el imperio de las ideas de la libertad, la igualdad, etc.” (Marx, 1970, p.52). Desde nuestro punto de vista, todo esto puede ser visto, en primer término, en tanto que de manera

que la idea de *libertad* interesaba a la burguesía principalmente en términos de libertad de comercio, y la de *igualdad* importaba en el sentido de la destrucción de los privilegios que hasta ese entonces detentaba la aristocracia. Claramente estos ideales reflejaban el surgimiento del libre mercado y su consecuente libertad de elección. Más aun, es el sistema de libre contrato de las relaciones laborales en el que está basada la sociedad industrial, la cual presupone un sistema de libre contrato también en el ámbito de las relaciones maritales. Así, los ideales del amor romántico reflejaban a la perfección los valores emergentes de libertad y autorrealización; “se veía cada vez con mayor frecuencia a las relaciones humanas en términos económicos, gobernadas por las reglas del mercado libre” (Stone, 1989, p.142), porque por estas mismas líneas, es que “la modernidad reemplaza la heteronomía del sustrato social determinante por la obligatoria y compulsiva autodeterminación” (Bauman, 2005, p.37).

Justamente, el surgimiento de la intimidad en términos de relaciones libres e iguales entre los individuos implica una democratización del dominio interpersonal, en una forma en todo homologable con la democracia en la esfera pública:

La autonomía claramente, en este sentido, no puede desarrollarse, mientras los derechos y las obligaciones políticos estén estrechamente ligados a la tradición y a prerrogativas fijadas, basadas en cierto régimen (...) una vez disueltas éstas, sin embargo, se hizo posible y necesario un movimiento hacia la autonomía. Una preocupación intensa sobre el hecho de que los individuos puedan determinar y regular las condiciones de su asociación es una característica virtual de todas las interpretaciones en la democracia moderna (Giddens, 1995, p.168).

El quiebre en la modernidad viene dado entonces por su *ethos* individualista; pues es natural pensar que la disminución del peso de la tradición se traducía en una mayor autonomía individual y un énfasis en el libre ejercicio de la voluntad.

Esta decadencia a la fidelidad de los parientes conllevó un mayor alejamiento de la familia central de la interferencia o apoyo de los parientes, y de la comunidad; junto con un consecuente aumento de lealtad a la familia en lo interno. Justamente, una vez disueltos los lazos sociales, tiene lugar un deseo de arraigo en vistas a conseguir coherencia y estabilidad, un cierto sentido de seguridad ontológica, y son justamente en la familia y las relaciones de paren-

tesco las que se han convertido en el mecanismo para pensar la continuidad en un mundo formado por individuos. Es así que cuando se rompen los antiguos lazos comunitarios, el espacio conyugal se convierte en el lugar donde puede expresarse con mayor respetabilidad el sentimiento. Así, “la historia de la familia moderna podría pensarse en términos de un cambio hacia la emoción, el individualismo y lo privado” (Bestard, 1998, p. 79). Ante la organización racional de los asuntos públicos, ante el dominio individualista e instrumental del trabajo, la economía y la sociedad en general; brota la necesidad de “proteger a alguna porción de la humanidad contra esta fragmentación del alma, contra este poder absorbente del ideal burocrático de vida” (Giddens, 1977, p.387); es así que la familia y la pareja conyugal se erigen en un espacio reservado al sentimiento, conformando un dominio donde es posible recibir apoyo emocional y desarrollar sentimientos de seguridad.

Así, frente a la frialdad social que el capitalismo propone y fomenta, creemos que se termina forjando como contrapartida la necesidad de fortalecer *la casa* como un medio diferente del trabajo, en convertirla “en un lugar donde los individuos recibían apoyo emocional, en contraste con el carácter instrumental del trabajo” (Giddens, 1995, p.34), donde los hombres “podían encontrar en el matrimonio y en la familia, sobre todo, un refugio del individualismo económico” (Giddens, 1995, p.60).

Más aún, la esfera privada pasa a ser un ámbito en el cual se pone en juego la realización personal; en tanto que casarse se convierte, quizás por primera vez en la historia de la humanidad, en un medio de afirmación de independencia y autonomía, de forjar una identidad. Al mismo tiempo, tanto la felicidad como la realización personal comienzan crecientemente a buscarse en la intimidad doméstica.

Capitalismo Avanzado

En este punto cabe señalar que el capitalismo es un sistema “que revoluciona incesantemente la estructura económica desde dentro, destruyendo ininterrumpidamente lo antiguo y creando continuamente elementos nuevos” (Schumpeter, 1961, p.121); es así que el capitalismo contemporáneo diverge de su antecesor. Principalmente en que actualmente se da la situación en la que el capital ha caído en la cuenta de que, no es conveniente asumir la carga que insume la supervisión gerencial. El poder actual se maneja desde una

lógica del descompromiso; el capital se ha liberado de las ataduras que lo obligaban a tener que enfrentarse con sus explotados para lograr reproducirse y extenderse, por lo cual “la mutua dependencia entre ambos ha sido unilateralmente cortada” (Bauman, 2005, p.130). Esto se debe a que actualmente “el poder se ha vuelto verdaderamente extraterritorial” (Bauman, 2005, p.16); al punto en el cual ya los Estados naciones, —inherentemente vinculados a una determinada extensión geográfica—, tienen cada vez menos injerencia en sus avatares.

Como consecuencia de ello, los individuos concretos comienzan a verse crecientemente sojuzgados bajo un poder extraño a ellos; poder que adquiere un carácter cada vez más masivo y se revela en última instancia como el mercado mundial. Al punto en el que “la personalidad se degrada a ser espectador impotente de lo que ocurre con su propia existencia de partícula suelta, inserta en un sistema ajeno” (Lukacs, 2013, p.196). Nuestra experiencia se asemeja a la de los pasajeros de un avión que descubren, en pleno vuelo, que la cabina del piloto está vacía, y peor aún, que “no hay manera de extraer de la misteriosa caja negra rotulada ‘piloto automático’ ninguna información acerca del destino del avión, del lugar donde aterrizará” (Bauman, 2005, p.65). Así, la interrupción, la incoherencia, la sorpresa son las condiciones habituales de nuestra vida actual, en un mundo como el nuestro no hay casi nada predeterminado, sino que muy por el contrario, “la probabilidad de que uno encuentre mañana el propio cuerpo inmerso en una familia, un grupo de trabajo, una clase y un vecindario muy diferentes o radicalmente cambiados resulta hoy mucho más creíble” (Bauman, 2005, p.194).

Es así que actualmente “existe una enorme y creciente brecha entre nuestra condición de jure y nuestras posibilidades de transformarnos en individuos de facto —o sea, de tomar el control de nuestro destino” (Bauman; 2005, p. 45) entre “—si se quiere— entre la ‘libertad negativa’ impuesta legalmente y la ‘libertad positiva’ —o sea, la capacidad genuina de autoafirmación—, visiblemente ausente o en todo caso inaccesible para la mayoría” (Bauman, 2005, p.54).

Como consecuencia de todo esto, el sujeto posmoderno (si es que cabe hablar de tal cosa), considera el mundo como contingente, inexplicado, diverso, inestable, indeterminado, pues “cuanto menos control tenemos del presente, menos abarcadora será la planificación del futuro. La franja de tiempo llamada ‘futuro’ se acorta” (Bauman, 2005, p.147); y dadas las actúales condi-

ciones del mercado global, en las que las posibilidades de maniobra y negociación de la inmensa mayoría se encuentran crecientemente limitadas si no pauperizadas; las estrategias y los planes de vida se vuelven cortoplacistas, transitorios, versátiles y volubles, sin un alcance que exceda el de las próximas jugadas. El lapso total de una vida se fragmenta en una mera secuencia de episodios que son manejados de a uno por vez. La “‘precarización’ llevada adelante por los operadores del mercado de trabajo se ve auxiliada e instigada (y en sus efectos reforzada) por las políticas de vida” (Bauman, 2005, p.173). En ese sentido es que vemos que “en la actualidad las cosas han cambiado, y el ingrediente crucial de este cambio multifacético es la nueva mentalidad ‘a corto plazo’ que vino a reemplazar a la mentalidad ‘a largo plazo’. Los matrimonios del tipo ‘hasta que la muerte nos separe’ están absolutamente fuera de moda y son una rareza” (p. 157), “se convierten en contratos ‘mientras estemos satisfechos’, contratos temporarios y transitorios por definición, por decisión” (p.173). De esta manera surge del famosos amor confluyente; “un amor contingente, activo y por consiguiente, choca con las expresiones ‘para siempre’, ‘solo y único’ que se utilizan por el complejo del amor romántico (...) cuanto más retrocede el valor del hallazgo de una ‘persona especial’, más cuenta la ‘relación especial’” (Giddens, 1995, p.63). Justamente las personas ya no se conciben ni a sí mismas ni a los otros como sujetos acabados, terminados, sino que siempre en tantos proyectos, por lo cual la *relación* comienza a tomar preponderancia frente a la *persona*.

“Los vínculos y las asociaciones tienden a ser visualizados y tratados como objetos a ser consumidos, no producidos” (Bauman, 2005, p. 173); el problema radica justamente en que, mientras que la producción suele ser una actividad socializada, el consumo es una actividad solitaria, irremediamente solitaria. Por lo cual “la lealtad mutua y el compromiso tienen pocas posibilidades de brotar y echar raíces” (p.158), pues lo que prima es “el carácter temporario de la cohabitación y la posibilidad de que esa sociedad pueda romperse en cualquier momento y por cualquier motivo una vez que el deseo o la necesidad se hayan agotado” (p.159).

De lo que se trata actualmente en cambio es “de quedar satisfecho con un producto listo para consumir; si el placer obtenido no está a la altura de las expectativas o de lo que se prometía, o si el goce se diluye junto con la novedad, uno puede entablar una demanda de divorcio” (174).

A modo de conclusión, puede afirmarse, que es posible trazar una línea de continuidad entre estos tres distintos modos de producción y las características de las relaciones afectivas que se configuraron históricamente alrededor de estos.

Referencias Bibliográficas

- Bauman, Z. (2005), *Modernidad Líquida*, Buenos Aires, FCE.
- Bestard, Joan, (1998), *Parentesco y Modernidad*, Barcelona, Paidós.
- Chevallier, (1989), *Los Grandes Textos Políticos*, Buenos Aires, Alfaguara.
- Darnton, R., (1998), *La Gran Matanza de Gatos*, Buenos Aires, FCE.
- Giddens, A. (1977), *El Capitalismo y la Moderna Teoría Social*, Barcelona.
- Giddens, A. (1995), *La Transformación de la Intimidad*, Madrid, Cátedra.
- Lukacs, (2013) *Historia y Conciencia de Clase*, Buenos Aires, RyR.
- Marx, K., (1970), *La Ideología Alemana*, Barcelona, Grijalbo.
- Marx, K., (1979) *Manuscritos: Economía y Filosofía*, Madrid, Alianza.
- Marx, K., (1989), *Introducción General a la Crítica de la Economía Política*, Siglo XXI.
- Marx, K., (2008), *Contribución a la Crítica de la Economía Política, México*, Siglo XXI.
- Rousseau, J.J., (1983), *El Contrato Social*, Madrid, Alianza.
- Schumpeter, (1961), *Capitalismo, Socialismo y Democracia*, México, Aguilar.
- Sen, A., (2001), *El Nivel de Vida*, Madrid, Complutense.
- Stone, L., (1989), *Familia, Sexo y Matrimonio en Inglaterra*, México, FCE.
- Walzer, M. (2008), *La Revolución de los Santos*, Buenos Aires, Katz.
- Weber, M., (1964), *Economía y Sociedad*, México, FCE.